

El tiempo de las pulgas

Seudónimo: Zorobabel Grey

Sabía de algunos hombres cuyo regreso había sido marcado por una especie de caos. Hombres largo tiempo reclusos, que al enfrentarse con la vida normal no habían podido resistirla.

El desconocido, Carmen Kurtz

El odio se amortigua
detrás de la ventana.

Canción última, Miguel Hernández

Día 1

Marcos Cachi ingresa en la cárcel Modelo de Barcelona siendo jueves, a las seis y veintitrés minutos de la tarde de un anodino día en las calles del Eixample y de un dos de septiembre de 1982 en el calendario. Se presenta con unos flamantes y escuálidos diecisiete años y con la mejilla tumefacta por la trompada que le propinó un policía de la muy vieja y muy rancia escuela, al que todavía le rechinan los dientes por el cambio de régimen. Hasta hace nada —la longevidad de una mosca del vinagre, el tiempo que se tarda en aborrecer la condición humana cuando se nace en un poblado chabolista—, el crío se pensaba un forajido de los tiempos modernos, un bandolero del Raval pendiente del descuido de las viejas a la salida del mercado de abastos para sisarles el monedero, y del deambular despreocupado de los turistas para hurtar un peluco o alguna que otra joya de un tirón. Eso se creía, hasta que un palo chapucero a un estanco, a punta de navaja, donde se entretuvo más de la cuenta y remató el descalabro forcejeando con el propietario, lo condujo de cabeza al sórdido calabozo en el que se descubrió un alfeñique. En ese cuchitril, impregnado del hálito acobardado de otros tantos —calado en las paredes y rezumante del almizcle que destila el miedo—, sometido a una

meticulosa e inacabable somanta, se orinó y balbució el nombre de su madre varias veces. Y a eso se ha visto reducido: a un crío meón reclamando a la madre que lo parió.

Desde el exterior, contemplada en su conjunto, la Modelo evidencia una suerte de dignidad en la simetría de los seis ramales que parten del panóptico central. Más de cerca, a la distancia de los infortunados que acaban engullidos en sus adentros, la ilusión se desvanece por el deslucimiento de la fachada, por la contricción en el rictus de una madre apostada junto a la puerta y reclamando dignidad para sus hijos —todos, quienes penan los delitos en una celda— .

—Me los trajo la erdicha¹ de la mano, pobrecitos míos, y ahí me los va a mulabar² la droga —dice para nadie, con un habla de muebles volcados y flores mustias, cuando el furgón pasa a su lado y la mirada se le asobina abocándose en lagrimones gruesos como habas.

—Aquí tienes al mierda este —le dice el policía que lo acarrea al funcionario de prisiones que los recibe, con la naturalidad malsana de quien se desprende de una costra o tira la basura en un descampado—. Todavía huele a meados.

El funcionario arruga la nariz. Le dedica un gesto de desafección que trasciende el umbral de una cárcel: desafección por el mundo, por el decurso de los minutos, por el atropello de los peatones que caminan sujetando ramos de rosas, por todos los críos llorosos a los que da la bienvenida. El policía se despide con una media sonrisa —el funcionario luce un excesivo mostacho y le ha recordado al presentador de *Estudio abierto*³— y se precipita de regreso a las calles, saboreando el placer taciturno del deber cumplido.

¹ Pobreza.

² Matar.

³ Programa español tipo *talk show*, emitido en su segunda etapa entre 1982 y 1985 y conducido por José María Íñigo.

A Marcos, como recién llegado al reino del desespero, la Modelo le tiene preparado un muestrario fehaciente de cuanto le aguarda tras los barrotes: la revisión física es un proceder taimado que espiga el último vestigio de dignidad en el recluso, allá donde se encuentre, aun en el interior de sus nalgas; la toma de huellas, un contrato mefistofélico, pues mientras los corderos temerosos de Dios firman sobre la línea de puntos la compra de un piso en el extrarradio, los quinquis enjaulados se ven desposeídos de todo merecimiento, incluso del humilde honor de su nombre, para no ser más que un borrón de tinta aposentado en una cuartilla y un número de interno.

En el interior de la cárcel, el muchacho alberga la impresión de atravesar la médula de algo muy denso. La Modelo es húmeda sin importar el cuándo: una corriente melosa la recorre y se asienta en la piedra de los muros y en los corredores. La atmósfera está enrarecida por el miasma particular que se produce en los recintos atestados y sin orear: una pestilencia dulzona, más propia de un muladar, donde la frontera entre hombres y bestias se ha desdibujado, y donde todo parece tener cabida, excepto la esperanza. En algunos rincones se impone el olor del *Zotal*, un desinfectante de uso ganadero. Al poco, la recepción de la escolanía de presos lo ataranta, inmiscuidos en un tropel de gritos que comban el exabrupto hasta conformar una cacofonía ininteligible.

—Vas a pasar cinco días en *periodo*, en la segunda galería —le indica otro de los funcionarios, tan magro de carnes que la camisa flamea como una bandera conmovida por la nada, y cuyas facciones lo asimilan demasiado a una calavera—. ¿Traes hambre?

El muchacho niega con la cabeza.

—Mejor —sentencia el funcionario—. Estos hijos de puta están en huelga y se niegan a comer y a salir al patio —aclara, señalando las celdas con la barbilla—. A su modo de interpretar el mundo, eres un *jula*, un novato, y tu vida es tan valiosa como la mugre que

acumulan entre las uñas. Síguelos el juego y aguanta bebiendo agua y chupando caramelos, o te abrirán en canal.

El funcionario entreabre con tibieza la puerta de una celda, tratando de no espantar a un pájaro o de no enrabietar a un astado en cuya presencia nadie más repara. Dentro puede haber tres hombres de aspecto hosco ovillados en sus literas, o tres bestias de piel translúcida atrapadas en una sima, recelosas de la luz y las unas con las otras.

Día 2

¿Quién conserva el recuerdo de su alumbramiento? ¿Quién conoce de antemano la compunción que lo poseerá en el postrero momento de la muerte? Y sin embargo, instantes olvidados o ignotos estarán presentes, de alguna forma, a cada segundo de nuestra fútil existencia, como un péndulo inexorable oscilando entre alfa y omega, como costurones invisibles travesando nuestra carne. Así también, como un sedimento en el alma de los hombres, como un tizne de ceniza sobre la lente a través de la que se percibe la creación: la primera noche en la cárcel.

—¿Verdad que el talego⁴ se siente distinto por la noche? Los chabolos⁵ tienen un no sé qué de iglesia cuando se apagan las luces, todos callados esperando a que nos hable el Señor. Ya ves tú, lo que nos iba a decir ese, ya te lo digo yo: que le importamos nada y menos, y que la vida no iba con nosotros, que era para los demás —dice uno de los presos, dirigiéndose a Marcos, mientras todos se afanan en diluir el sopor del despertar antes del recuento matutino. Sentados en las literas inferiores, frente a frente, como en una confesión, prolongan esa bizarra liturgia que se opera en las prisiones y de la que él mismo habla.

⁴ La cárcel.

⁵ Las celdas.

El muchacho, por su parte, permanece absorto en la extrañeza que todo lo empapa: extraña la incomodidad familiar de su colchón, el cotidiano aroma a café con leche proveniente de la minúscula cocina en que desayunan siete personas —sus viejos⁶, la abuela Antonia, el malasombra de su hermano Ramón, sus hermanas Paqui y Toñi, y él mismo, siempre el último en aparecer, tras gastar la madrugada en mil perrerías—, y extraña la libertad como se echa en falta un miembro amputado.

—Mira, ese compi⁷ que tienes encima es Daniel, que le decimos Cuchareta —insiste el preso. Cuchareta, a su vez, suelta una risilla—. Aquí arriba —añade, apuntando con el dedo extendido por sobre su cabeza—, que ronca como un marrano el menda⁸, tienes a Mario, que le dicen Escarchina. Y yo soy José Luis, pero dime Pintao; si me llamas por mi nombre, me creo que hablas con otro —explica con sorna—. ¿Cómo te llamas?

—Marcos —responde, apartando la vista del suelo. Su propio nombre es el primer y vacilante sonido que expele su boca, tras amontonar las horas en el desabrigo de una celda, aún empeñado en significarse como un hombre y no como un animal.

—Te has portado, Marcos. Con un par. Ahí en tu catre, sin decir ni mu y sin lloriquear —dice, asintiendo una y otra vez—. La primera noche es muy perra y te pone a prueba. A todo quisque que llega se le trata igual, no te vayas a pensar que somos así de cabrones. Bueno, ese sí, ese es un malparido que no te lo imaginas —se refiere a Cuchareta, que acaba de asomar la cabeza desde su litera y se prodiga en una sonrisa desdentada y en un aliento de una fetidez insoportable, a un palmo de la nariz del muchacho.

⁶ Padres.

⁷ Compañero de celda y de paseo.

⁸ Tipo, individuo.

—¡Estás majara! —exclama Cuchareta—. Si soy un bendito —la voz es ronca, como si traspasara un filtro de grava al emerger, aunque termina con esa risilla aguda que ya le ha escuchado.

La puerta exterior de la celda chirría. Un funcionario asoma la testa, dedica un vistazo pasajero a cada uno y cumple con el recuento.

—Me cago en todos los boquis⁹ —dice Escarchina, masticando las palabras, cuando el funcionario prosigue con la rutina y desaparecen sus talones.

—Hala, a lavarse el sobaco —dice Pintao, espoleándose con una palmada en el muslo.

Los cuatro se turnan para acometer una caricatura de aseo, menos exquisita que la higiene de una rata de albañal, parejo a como las gallinas se resignan a la correría de piojillos bajo el plumaje. Se aúpan las primeras voces llegadas de aquí y de allá, un ronroneo: se diría que el mismo presidio se despabila. Dura poco. Luego, un silencio se instaura en las celdas del bloque. Es la hora del desayuno y los internos, a pesar de la gatera que el hambre les ha abierto en los estómagos, se vigilan entre sí, atentos a aquel que rompa con el acuerdo tácito de no comer. Hay quien lleva al extremo este compromiso y se ha cosido los labios con hilo de nailon, en señal de protesta; ya ha ocurrido antes. Los panaderos —los presos que trabajan durante la noche amasando y horneando— confían en que serán contados los que se acerquen por el comedor y apenas han dispuesto unos pocos panes, por no despilfarrar la harina del almacén y por alimentar a las palomas, que acceden a la Modelo desde una oquedad y se ven cautivas, como ellos, tras las rejas sobre los patios.

Un preso se arrima a la puerta y musita un nombre, en voz queda, para reanudar su camino y ocupar una de las codiciadas plazas en los talleres de trabajo, donde ganarse más miseria. Pintao permanece un tiempo observando los barrotes, sumido en la contemplación del

⁹ Funcionarios de prisiones.

espectro que la ausencia del fugaz heraldo ha dejado en el corredor. Marcos se esfuerza por tratar de ver lo que aquel ve, sin suerte.

—¿Sabes por qué estamos en huelga de hambre? —le pregunta Pintao, rompiendo la estasis de la celda.

Marcos se encuentra con unos ojos como ópalos hialinos y con unas mejillas apergaminadas y hundidas que esbozan la cartografía de un estuario, donde el agua dulce se entrevera con la salada, como debe de ocurrir en la urdimbre de venas de un recluso.

El muchacho se encoge de hombros.

—En la trena¹⁰ pasan cosas buenas y cosas malas —describe Pintao, con circunspección, a pesar de la obviedad; tal parece que desvela un evangelio misterioso—. Eso es lo que tiene juntarnos, que a ninguno meten en el estaribel¹¹ por ganarse honradamente el manró¹². Todo lo que en la calle pasa en una vida, aquí pasa en un día. En la mañana, lo mejor o lo peor que cabe en una cabeza, y en la tarde, lo más chungo¹³ o lo más fetén¹⁴. Lo que pasa es que se ha venido un tiempo donde todo es malo...

—Más malo que escupirle a una madre —interrumpe Escarchina, pese a que les da la espalda, oteando por el ventanuco de la celda y entretenido en el devenir de las palomas.

Cuchareta avienta su risilla, pero suena distinta. Tiene un deje de amargura y también de rabia. No es una risa, en realidad, ahora el muchacho lo comprende: es un mordisqueo, como una alimaña royendo el tuétano de un hueso.

¹⁰ Lá cárcel.

¹¹ La cárcel.

¹² Pan.

¹³ Malo.

¹⁴ Bueno.

—Mi padre, que en paz descanse, nació en Cardiel de los Montes. Eso está en Toledo, ¿sabes? —dice Pintao—. Un pueblecito que, a nada que des un paso, se termina. Aunque es muy bonito, eh —aclara—. Es muy bonito —repite—. Me llevaron de crío, una vez, pero se me ha quedado en el pensamiento. Sueño muchas veces que estoy allí y no en el chabolo. Contaba mi padre que cada año, con noviembre, llegaba una época en que el ganado se removía en el establo, encorajinado por las pulgas. Los animalicos armaban bulla¹⁵ y embestían del puro sinvivir. Entonces había que atenderlos, siquiera una migaja, porque ese escozor los consumía —Pintao hace una pausa; la nostalgia o el hartazgo le hacen mella. Enciende un cigarrillo y aspira una bocanada larga antes de continuar—. Los de la Modelo vivimos días donde todo es malo, en el tiempo de las pulgas, y sin que nadie se haga cargo de nosotros.

—Me cago en todos los boquis —sentencia Escarchina, masticando las palabras.

Día 3

Pintao fuma, exhala vaharadas que brujulean en la celda como medusas espectrales. Hace calor y se ha quitado la camisa. Da pena y miedo verlo en pantalón corto: es un remedo del Mesías a quien nadie querría crucificar. Por pena y por miedo. La piel, pegada al costillar, es un archivo de pendencias. La más evidente, una cicatriz oscura en el pecho, contigua al crucifijo tatuado con una destreza tacaña. También luce un tigre en la espalda, la efigie de la Virgen Blanca en la pierna derecha y, en la otra, una tumba con la inscripción: *Naciste para sufrir*.

Cuchareta aguarda a que el mundo combustione en un orbe de fuego, acucillado sobre el tigre¹⁶. Lleva un buen rato. Es un monarca sobre un agujero.

¹⁵ Lío, ruido.

¹⁶ Inodoro de la cárcel.

Escarchina, en lo alto de la litera, examina con un detenimiento desquiciado las líneas de su mano.

Marcos es un bajel varado en el desierto.

—¿Cuántos tacos¹⁷ te piden? —pregunta Pintao.

Marcos podría extender los dedos de una mano, nadar en el piélago del silencio persiguiendo el crepúsculo o quedarse quieto y hundirse en el sigilo de sus aguas, pero rescata la voz y responde:

—Cinco.

—¿Sabes escribir? —La voz de Pintao emerge, en cabriolas, del humo tóxico del cigarrillo.

—No —la voz del muchacho entrevera un matiz de enojo y otro tanto de arrogancia, porque le desagrada la pregunta y, contra todo pronóstico, ha empezado a sentirse cómodo en el refugio de la celda. Y en cualquier caso, apenas cuenta con diecisiete años.

—¿Sabes leer?

—Tampoco.

—Entonces no son cinco tacos sino una pepa¹⁸. Si no sabes leer para aprender que hay más cosas además de la chori¹⁹, ni sabes escribirlo para que no se te olvide, te vas a pasar la vida entrando y saliendo de la trena. Hasta que seas tan viejo y tan desgraciado como nosotros tres.

¹⁷ Años de condena.

¹⁸ Pena de muerte.

¹⁹ Navaja.

Pintao se incorpora. Cuando se mueve por el reducido espacio de la celda, sus años de vida difícil se testimonian en un obrar inarmónico y tardo. Se entretiene hozando en una esquina, donde acumula trastos y esconde el tabaco. Regresa con un libro.

—Esto lo escribió un cabrero que murió en el estaribel —declara. Cuchareta y Escarchina curiosean por encima de sus hombros. Pintao abre el libro por una página señalada con un doblez, separa el cigarrillo del labio cuarteado y lee:

El odio se amortigua / detrás de la ventana. / Será la garra suave. / Dejádme la esperanza.

El muchacho no comprende nada. No entiende las palabras de los libros ni por qué las ramas de los naranjos están tan altas cuando se nace en un barrio de chabolas. Nunca ha pretendido más que un par de talegos²⁰ en el bolsillo, para tomar algo de priva²¹ con los colegas o llevarse al cine a una gachí²² y acariciarle un pecho.

Pintao le ofrece el libro. Es un grial de papel, resobado, que retiene lo inasible en las ringleras de versos que lo componen.

—Quédatelo —le dice—. Si vuelves a caer preso, que no sea por ignorante. Porque siendo ignorante, Marcos, nunca serás libre.

Día 4

La COPEL, *Confederación de Presos en Lucha*, ha decretado el fin de la huelga. Entre otros, nimios y extemporáneos, la autoridad penitenciaria ha suscrito el compromiso de mejorar las condiciones del *palomar*: allí donde se hacinan homosexuales y travestis en el mayor ostracismo.

²⁰ Billeto de mil pesetas.

²¹ Bebida.

²² Muchacha.

Los presos salen al patio con el ánimo de un colegial, con el ansia de amorrarse a los rayos de sol. Ahora, arracimados en el exterior, el muchacho es consciente del abarrotamiento de la Modelo. Se concibió para hospedar a ochocientos reclusos. Encierra a más de diez mil. Algunos pasean describiendo parábolas infinitas, otros conversan o fuman apoyados contra las tapias. Muchos trapichean: el encierro les ha privado de la imperiosa dosis de heroína y su ama exige pleitesía con vehemencia.

Un fulano de tez cerúlea y patillas abetunadas se abre paso entre el gentío. Camina con el garbo de un torero, casi se desliza. La dura sombra que pinta la solanera le sigue con apuro.

—Ese jambo²³ —musita Pintao en el oído de Cuchareta, vertiendo la palabra como el beleño en una tragedia shakesperiana.

Cuchareta abandona su puesto en el frescor de la tapia, camina, le guiña un ojo al cielo despejado. Con el tiento calculado de un relojero se aproxima al fulano macilento de las patillas y le hunde un pincho²⁴ en el costado —una, dos, tres, cuatro veces—. Puede que ni la muerte, con esa presteza suya de mil ojos y mil orejas, sea consciente de la sutileza de este llamado. Cuchareta regresa a su lugar, inadvertido. El fulano se desploma. La sangre, esa mixtura de agua dulce y salada que alimenta las venas de los presos, se explaya en el suelo del patio. Marcos admite con estupor la falsedad de la sangre en el cine: la del Torette²⁵ no es tan densa en la gran pantalla. Algo le falta a la sangre de las películas, algo que se le escapa del cuerpo a un tipo que agoniza en el patio de una cárcel.

Día 5

²³ Tipo, fulano.

²⁴ En la cárcel, arma corta punzante que se obtiene de cualquier material resistente.

²⁵ Ángel Fernández Franco, más conocido como El Torette o El Trompetilla, fue un delincuente y actor español que participó en la trilogía *Perros callejeros*.

—Te ha comido la lengua el gato —dice Pintao. Habla para el muchacho, que ha desandado los días de avenimiento a su suerte y solo calla—. ¿Te ha impresionado lo del menda del patio? El merchero²⁶ ese era un listo, una rata²⁷. Además, le pidieron cuentas por saltarse la huelga y le importó tres cojones. Mira, chaval, no tienes ni idea de lo que es la Modelo —la voz de Pintao suena calmada, pero ahonda en la turba; cada palabra se enmaraña en una raigambre de remembranzas penosas—. Mañana te trasladan al Módulo 1²⁸. ¿Esto te parece chungo? No veas lo que te espera. Te van a encerrar con críos que ya nacieron viejos y mamaron el delito de la teta de su madre. Gente que no le tiene miedo a nada, porque para tener miedo te tiene que importar la vida. Aunque sea un mojón, te tiene que importar un poco la vida para tener miedo. Y a esos, la vida les da igual. Solo piensan en meterse caballo²⁹, y todo lo demás está demás. Tu vida está demás. Su vida está demás. ¿Entiendes lo que te digo?

El muchacho no responde. El bandolero del Raval quiere desayunar en casa, aunque sean siete, aunque el malasombra de su hermano Ramón le sise la cazadora de cuero que sus buenas pelás le costó.

—Hostia, tú —se desespera Pintao—. Coño, Escarchina, dile algo a este lila³⁰.

El preso desciende de su litera y se parapeta bajo la ventana. Saber que al otro lado merodean las palomas, ajenas a la realidad que las rodea, le conforta.

—El primer día que pasé en la Modelo me dieron una paliza —recuerda Escarchina—. Para quitarme los zapatos. Una cochambre de zapatos que traía puestos me costaron los golpetazos. Y sin una cochina manta que echarme por encima y descalzo me tiré tres días, tapándome los pies con papeles.

²⁶ Denominación de un personaje similar al quinquillero, que se relaciona con los gitanos, su forma y oficios.

²⁷ El que roba a sus compañeros.

²⁸ Módulo de jóvenes en la Modelo de Barcelona.

²⁹ Heroína.

³⁰ Tonto.

—Y aquel, con todo lo malparido que es —añade Pintao, hablando de Cuchareta—, dos carceleros³¹ tiene que son lo que más quiere en el mundo.

—Esos sí que son dos benditos —dice Cuchareta, sin que su cabeza ni la fetidez de su aliento acaben por descollar.

—De nosotros depende poner orden en este caos, Marcos, porque nadie más se hace cargo —sentencia Pintao, dando por terminada la conversación. Al fin y a la postre, después del muchacho llegarán otros, chulescos o pusilánimes, resabiados o ingenuos, y no puede desvivirse por cada uno. Enciende un cigarrillo y se repantinga en el colchón, expeliendo el humo en vaharadas espesas.

Nadie permanece incólume tras los barrotes de la Modelo. Es un principio abigarrado en la matriz del universo, como la ley de gravedad de Newton y el número de pétalos de la amapola. Los hombres pierden unas cosas, ganan otras. Algunas, por exceso o en ausencia, vienen a templar su carácter; las hay que, por lo mismo, desfiguran la condición humana en una forma, en ocasiones, irrecuperable. Hay quien camina sobre el acerado filo de la navaja, adscrito a leyes formuladas a la medida del encarcelamiento, confiando en salvaguardar la poquedad de entereza que vela en un recoveco, a la par que un tesorillo de trastos y tabaco, a pesar de la barbarie, devoto de los versos de un cabrero que murió abrazando un anhelo de igualitarismo y libertad.

Qué inalcanzables las ramas de los naranjos desde la ventana de una celda.

Día 87

La trabazón de días apretujado en una celda del Módulo 1 con otros ocho reclusos presenta el distintivo de la Modelo: las jornadas, tan similares, engendran en puridad algún

³¹ Niños nacidos en presidio de madres cumpliendo condena y, habitualmente, a su cuidado.

detalle que las distingue. A Marcos, esta esencia de la vida en prisión le sirve para llevar mejor la cuenta.

En una pulgarada de tiempo cumplirá tres meses repartiéndose el cubículo con Ángel —quien se vanagloria del apelativo de Capone, creyéndose un hampón de Chicago y no un ratero, aunque haya quien le despiste el mote por el de Capón, aduciendo que le faltan huevos—; Juanjo —un chaval de buen fondo y menguada sesera—; Basilio —que tiene un sumidero de malicia por alma y lo azuza la listeza de un demonio, como si fuera un sosias en negativo del anterior—; Andrés, el Vizconde —sin ascendente nobiliario; es bizco de un ojo, y en la cárcel, para su desventura, los reclusos sortean el tedio con la ruindad de estas gracietas—; el Piruli —Juan Diego Lozano, un tipo menudo, ladrón de coches, a punto de cumplir los veintiún años y de migrar al módulo de los adultos—; Pedro el Loco —un adolescente de mecha corta y mal beber—; Tonet —locuaz, con un talento natural para la rumba catalana— y Boticario —bautizado por un párroco del Bon Pastor como Miguel Ángel, y con una fijación obsesiva por atracar farmacias—.

Los nueve son preventivos, internos a la espera de juicio, y la mayoría de ellos suspira por ponerse un pico³². Se menean en sus colchones a cámara lenta, recién despiertos.

El funcionario abre la puerta, husmea en el interior, cuenta el número de cabezas sobre las almohadas y se evapora con celeridad.

—Me cago en todos los boquis —dice Marcos, jugando a ser duro. El resto asiente con un gruñido.

Desde lo alto —los presos suelen hacerse con partes de otras literas, negociando o avasallando, en especial con los postes que les permiten elevar los camarotes todo lo posible y

³² Inyectarse heroína.

ganar metros de suelo por los que desenvolverse—, Capone esgrime una mueca de repugnancia y exclama:

—¡Ay mi madre! Eso está podrido.

Habla de la herida que el Loco, a quien le cuelgan las piernas, presenta en la pantorrilla. Un recluso le asaetó el músculo con un *Conan*³³ por una disputa de drogas, y no ha acudido a la enfermería para evitar el correspondiente parte, lo que conllevaría su encierro en una celda de castigo. El corte ha adquirido un tinte verdoso y supura un líquido amarillo.

—Y no veas cómo huele —apunta el aludido—. Me he curado como he podido, con alcohol y papel del culo.

—Mira que eres lila, compi. Habla con el doctor Ferrández —sugiere Tonet—. Dile que has tenido una bronca con un gachó³⁴ pero que tú no habías hecho nada, y que no dé parte. Es un menda dabuten³⁵. Ya verás cómo se enrolla contigo.

—O le arrancas las páginas a esto y te vendas la pierna —dice Basilio, con una sonrisa perversa.

Sostiene el libro que Marcos esconde en su madriguera, la heredad de un preso que sueña con vivir en un pueblecito que, a nada que des un paso, se termina.

—¡Eso no! —prorrumpe Marcos, arrebatándoselo de la mano.

—Pero si no sabes leer, ¿para qué lo quieres? —pregunta Boticario, acompañando la broma.

—Yo qué sé —responde Marcos, desabrido.

³³ Cuchillos de gran tamaño confeccionados con hierro de las literas. En la Modelo recibían este apelativo en referencia al filme *Conan el Bárbaro* (John Millius, 1982).

³⁴ Muchacho.

³⁵ Excelente, de bien.

Se le ocurre que quizá podría rozar las ramas de los naranjos si alarga el brazo sujetando un libro.

—Para algo —añade, sin más.

Día 183

Marcos Cachi despierta en su celda de la cárcel Modelo de Barcelona siendo jueves, a las siete y cinco minutos de la mañana de un anodino día en las calles del Eixample y de un tres de marzo de 1983 en el calendario. El muchacho cumple una sentencia firme de cuatro años y un día, dictada por un juez de la muy vieja y muy rancia escuela, al que todavía le rechinan los dientes por el cambio de régimen.

El día principia con un griterío; otro más. Un preso decidió hacerle un corte de mangas a la vida en algún punto de la madrugada, colgándose por el cuello; otro más. La cárcel es un invernáculo de violencia, de sexo y de muerte; de jóvenes que ya nacieron viejos, mamando el delito de la teta de su madre.

Marcos se incorpora con pesadez y recorre con la mirada la aciaga constelación de marcas de pinchazos en el brazo de Basilio.

—Quiero ponerme —dice.

En realidad, querría aprehender lo inasible de los libros que escriben los cabreros, atender el escozor del ganado en un pueblo de Toledo, siquiera una migaja, seguir insistiendo en significarse como un hombre y no como un animal.

—Quiero ponerme un pico —insiste.

Nunca se lo diría a nadie en la Modelo, pero hoy es su cumpleaños.

Día 299

La heroína se introduce en la Modelo con esa sofisticación rudimentaria que se da en las cárceles, donde demiurgos de un mundo imperfecto agudizan el ingenio y maquinan para alimentar, con su carne y su espíritu, la hoguera en que habrán de consumirse.

Durante la noche, una caterva de mediadores arroja cubitos de hielo desde los edificios frente a la prisión, cayendo sobre la reja que cubre el patio. Cada uno de estos contiene una papelina con un cuarto de gramo de la solicitada ponzoña. A lo largo de la mañana, el sol derrite el hielo y las papelinas de droga se precipitan a la cárcel.

La heroína llueve sobre los presos de la Modelo, literalmente. Como el maná.

Las jeringuillas participan de la bizarra liturgia que se opera en las prisiones. La aguja pasa del antebrazo de Capone al de Juanjo, de la rodilla de Basilio a la juntura de los dedos del pie del Vizconde, del Loco a Boticario, y de este a Germán el Rubio, un zagal blanco como la nieve y cabello como el trigo maduro, que ingresó en la celda cuando la abandonó el Piruli.

Marcos aguarda con impaciencia su turno.

Día 462

El mundo es microscópico. Es un átomo en cuyo núcleo se amalgaman todas las cosas buenas y malas que en la calle acontecen a lo largo de una vida y que en la cárcel suceden en un día.

Todo lo que cabe en el caño de una aguja.

Marcos quiere un pico.

Necesita un pico.

Un pico.

Día 503

Un pico.

Un pico.

Un pico.

Día 578

Un pico. Un pico. Un pico. Un pico. Un pico.

Un pico. Un pico. Un pico. Un pico. Un pico.

Un pico. Un pico. Un pico. Un pico. Un pico.

Un pico. Un pico. Un pico. Un pico.

Día 869

Marcos Cachi abandona la Modelo siendo jueves, a las doce y tres minutos de la mañana de un anodino día en las calles del Eixample y de un diecisiete de enero de 1985, aunque a nadie le importe. Ni siquiera al calendario.

La cárcel y la droga lo han avejentado. Demasiado. Se han ocupado de rehacer cada milímetro de su cuerpo a una hechura distinta. Los ojos le sirven para ver, pero menos; los pies le sirven para caminar, pero yerran el camino; el corazón palpita, porque no tiene más remedio.

Día 879

Pere, el marido de su hermana Toñi, se acoda en la barra de una taberna y se moja el gaznate con un vino peleón. Su cuñado es un sujeto patibulario que nunca se ha ganado dos pesetas con honradez desde que berreó en la cuna. Habla de dar un palo en una sucursal de la Caja de Barcelona.

Marcos se encoge de hombros y tira para adelante. Cualquier desafuero le concierne, siempre que pueda costearse un gramo de caballo.

—Lo que pasa es que se ha venido un tiempo donde todo es malo... —farfulla a veces, cuando cae adormilado por efecto del opioide—. Donde todo es malo.

Día 1211

Pere y Marcos cruzan el umbral de la antepenúltima caja de ahorros que se disponen a atracar. Ocultan el rostro por medio de un pasamontañas, dejando entrever en el cañón de las pistolas herrumbrosas con que amenazan que han venido a hacer lo suyo.

Llenan una bolsa con tres puñados de billetes y salen a la carrera.

Marcos escucha el silbo de la bala muy de cerca. El proyectil pasa rozándole la embocadura del oído.

Pere se desploma como un guiñapo con un boquete abierto en la yugular. La sangre que mana es densa como la que se derrama en los patios de las prisiones. Hay gritos. Escandalera de sirenas. Y muerte.

Día 2696

Marcos Cachi ingresa en la Granja Integral E.S.E. siendo jueves, a las once y tres minutos de la mañana de un gélido día y de un dieciocho de enero de 1990 en el calendario.

—Huele a campo —dice Marcos.

Habla como un niño de ocho años, aunque está por cumplir los veinticinco. Los años en prisión le han brindado lecciones que se demuestran nulas sin la amenaza de una navaja o del hambre de por medio.

El terapeuta sonríe. La granja de rehabilitación está enclavada en la provincia de Toledo, rodeada de una arboleda frondosa y de peñas, como los pueblecitos que, a nada que des un paso,

se terminan. Ambos caminan sin prisa por el sendero que une el centro con los establos y se prolonga hasta el huerto.

—Estarás bien, Marcos, si te comprometes a poner orden en el caos que llevas dentro —indica el terapeuta.

Poner orden en el caos.

Marcos también sonríe, aunque una punzada de dolor le recorre el espinazo.

—Trabajaremos en la rehabilitación de la conducta adictiva y podrás valerte por ti mismo sin delinquir, que no es poco —añade el terapeuta.

Marcos extrae un librito del bolsillo del anorak y lo muestra con pudor.

—¿Aquí se aprende a leer? —pregunta.

El terapeuta recibe el libro con delicadeza e inspecciona la cubierta, resobada y roñosa. No esconde una mueca de sorpresa.

—¿Sabes quién escribió esto? —pregunta, a su vez.

—Un cabrero que murió en el estaribel —responde Marcos, con convicción.

El terapeuta sonríe de nuevo. La boca se ensancha en una media luna luminosa, palmea el hombro del muchacho y asiente.

—El programa terapéutico de la granja dispone de un plan lectivo con varios niveles. Aprenderás a leer y a escribir —confirma. Luego se vierte la brisa fresca en los pulmones, paciando el aroma de la arboleda y de la piedra de los montes, y agrega—: Sí que huele a campo, ¿verdad?

Marcos Cachi accede a la cárcel Modelo de Barcelona siendo jueves, a las siete y catorce minutos de la tarde de un apacible día en las calles del Eixample y de un veintidós de septiembre de 2022 en el calendario. La prisión cerró sus puertas en 2017 y, desde entonces, las autoridades municipales se han aplicado en rehabilitar la edificación, convirtiéndola en un espacio testimonial de su pasado y en centro cultural.

No hay más que unas pocas hileras de sillas dispuestas para la presentación —los libros de poesía no suelen convocar a las masas—, si bien todos los asientos están ocupados. En primera fila, su esposa y sus dos hijas recorren con la mirada cada recodo de la cárcel; aunque hace un tiempo que se instauraron las visitas guiadas, ninguna ha pisado la Modelo hasta hoy.

Desde la improvisada tribuna que constituyen un par de mesas plegables engalanadas con un mantel de tela, una mujer con un melodioso acento argentino, acomodada junto a Marcos, agradece la asistencia a los congregados y presenta al autor.

—Yo describiría a Marcos Cachi como un superviviente, si me lo permiten ustedes, como un hombre redimido, quizás —explica—. ¿Estoy en lo cierto? —le pregunta.

Marcos bosqueja una sonrisa tímida. No esperaba verse tan cohibido, después de los años transcurridos y de las innumerables charlas en centros penitenciarios y en institutos compartiendo su historia. Pinta o diría, con circunspección, que le ha comido la lengua el gato.

—Nos hemos reunido para que nos hables de tu poemario —prosigue la mujer, envolviendo cada palabra en una seda. La cadencia del tono es hipnótica. Alza un ejemplar del libro para exponerlo a la vista de todos—: *El tiempo de las pulgas*. Debo decirte, Marcos, que esta obra me ha removido por dentro. Mi padre fue un represaliado de la dictadura de Videla³⁶, ¿sabés? No podría hacerme una idea fidedigna de lo que supone estar encerrado en una celda,

³⁶ Jorge Rafael Videla, dictador de Argentina de 1976 a 1981.

y mucho menos en aquellos años, tan duros y turbios, pero he de decir que la crudeza de tus poemas me ha emocionado. Fue una época difícil...

Como esa corriente melosa que atraviesa la Modelo —sin importar el cuándo— irrumpen los rostros de Cuchareta, de Escarchina, de Pintao, de una madre apostada junto a la puerta y reclamando dignidad para sus hijos, de policías y jueces de la muy vieja y muy rancia escuela, de hombres abandonados a su suerte como quien se desprende de una costra o tira la basura en un descampado, de un fulano tiñendo con el bermejo de su sangre el cemento del patio, de chavales que le hicieron un corte de mangas a la vida colgándose por el cuello o clavándose una aguja.

—Se vino un tiempo donde todo era malo —responde Marcos, pugnando por que la voz no se le quiebre.

Habla luego, despojándose del comedimiento, de la cárcel y de la droga, de que siendo ignorante nunca se es del todo libre, y lee poemas que hablan de las ramas de los naranjos y de palomas atrapadas bajo el enrejado. De tanto en tanto, sin que nadie lo advierta, introduce la mano en un bolsillo de la chaqueta y roza con las yemas de los dedos un librito resobado y roñoso.

Lo escribió un cabrero que murió en el estaribel.